

1



Una inocentada

1. Después de la llamada Paz de 1918, Europa no tuvo más política que oponerse, por todos los medios, al triunfo de la Unión Soviética. La atacó usando de las armas y de la diplomacia. A este fin lo sacrificó todo, incluso su seguridad futura. Se permitió, como antídoto, la expansión del fascismo y del nazismo. Se consintió disimuladamente, y aun con violación de convenios explícitos, el armamento y la reorganización militar de Alemania, en la que se creía ver una posible barrera contra Rusia. Inglaterra hizo un doble juego, no dudando en poner a su aliada Francia en situación de verdadero desconcierto internacional, origen de su próxima ruina. Cuanto venía de Rusia era sospechoso, aun los planes que ésta proponía para el desarme y el pacifismo y que eran la cabal expresión de los pretendidos credos ginebrinos. Se calló ante la agresión imperialista del Japón contra la China semisovietizada. Se toleró el crimen de Mussolini en Etiopía, para mejor afianzar el dique italiano. Se

admitió el crimen contra la República Española, demasiado inclinada a la izquierda. Tanto se dejó avanzar a las derechas, que se les abrió el camino para las invasiones totalitarias.

2. Después de todo ello y a pesar de todo ello, al sobrevenir la segunda Guerra Mundial, los aliados angloamericanos se rindieron ante la realidad de los hechos y reconocieron entonces en Rusia la única fuerza capaz de detener a Hitler, que era ya, por inversión de papeles, el verdadero peligro. Fueron a implorar, en la conferencia de Teherán, la reconciliación y las condiciones de la Unión Soviética. Lo cual dejaba ver a las claras que el factor determinante en el porvenir sería la Unión Soviética, nunca vencida y cada vez más poderosa.

3. Algunos supersticiosos se figuraban que el juego angloamericano consistía en usar a Rusia como víctima propiciatoria y dejar que tanto ella como Alemania se desangraran, para después imponer la paz desde Londres y Washington. Lo cierto es que los acontecimientos se precipitaron, dictando su propia lógica, y Rusia se quedó con las cartas en la mano, aun por el hecho de no haberse comprometido, como Londres y Washington, al total aniquilamiento de Alemania y por haber dejado traslucir, en cambio, que aceptaría una Alemania democrática y no-hitlerista, aunque fuera capitalista y burguesa. Los angloamericanos, ante el enemigo común, se habían comprometido a un triunfo militar absoluto, que sin Rusia no podrían obtener; en tanto que ésta quedaba con las manos libres para pactar la paz cuando bien le pareciera y sin consultar con nadie. En esto se reveló la mayor profundidad de la política soviética, así como antes se había revelado en hacer una pasajera alianza con Hitler para decidirlo a lanzarse a su perdición, y en fingir una engañosa debilidad militar, dejándose derrotar en Finlandia, para enmascarar su intensa preparación.

4. En la conferencia de Teherán, los angloamericanos, descubriendo ya la flaqueza de su situación, fueron a pedir de Stalin por lo menos su salvación inmediata. Aceptaron lo que él quiso. Se convino en dividir Europa después de vencer a Alemania. La Unión Soviética se quedaría con la parte oriental, por lo menos hasta Checoslovaquia, y entraría por los Balcanes y el Asia sobre el Mediterráneo, hasta el punto en que, de momento, no estorbaba el dominio británico de Egipto y Suez. El Imperio Angloamericano se quedaría con la Europa Occidental, incluyendo Holanda, Bélgica, Francia, España, Italia y restaurando las monarquías conservadoras que eran más de su agrado.

5. Quedaban algunos cabos sueltos: a) El latente conflicto sobre el Mediterráneo Oriental, que ayudaría a complicar más tarde las cosas. b) La Francia reacia, replegada en Argel, donde

Alfonso Reyes

Dos textos inéditos

en vano se quiso crear un protectorado bajo el general Giraud, y donde el general De Gaulle se las arregló para adueñarse gradualmente de la administración, aunque en condiciones precarias. c] La Italia libre que, desde la caída de Mussolini por efecto de la invasión angloamericana, se negaba a aceptar el neofascismo de los expedicionarios yanquis (testigo, el manifiesto de los intelectuales contra la AMGOT, encabezado por la firma de Croce), y se negaba a la restauración de Saboya, aun por boca de antiguos monarquistas como Sforza, a quien los Estados Unidos se figuraban haber domesticado suficientemente para el caso, ofreciéndole muchas tazas de té en los círculos sociales de Nueva York. Pero Italia no tuvo tiempo de encontrar su caudillo, y Badoglio nunca pasó de instrumento sin iniciativa propia.

6. Entretanto, por el peso mismo de los intereses y por la respectiva situación en que salieron de aquella guerra las dos naciones anglosajonas, su alianza evolucionó prontamente hacia un Imperio definido, y su capital se estableció en Washington. El monarca británico pasó a la categoría de Regente de las Islas Europeas. Churchill murió de un tercer ataque de pulmonía. Roosevelt quedó a la cabeza del Imperio. Para asegurarse los votos de los católicos de su país, pactó con el Vaticano, dejándolo intervenir hasta donde quiso en la América Latina.

7. En la América Latina, los nazis habían desarrollado una intensa propaganda, explotando el odio y la desconfianza tradicionales contra los Estados Unidos. Su palanca estaba en las clases conservadoras de las inquietas repúblicas. Pero estas clases conservadoras, aunque se apoyaban en la propaganda nazi, no pensaban servir a Alemania, sino recobrar su poderío perdido en sus respectivos territorios, y vencer al liberalismo interior que por algunos lustros las había sometido. Por su parte, los Estados Unidos estaban seguros de anexarse en el momento oportuno a estos conspiradores latinoamericanos de la derecha, en cuanto se dejara ver el entendimiento entre Washington y la Iglesia Católica.

8. Por eso —aunque bajo aparentes protestas que tan sólo encubrían su maniobra— los Estados Unidos no dieron un solo paso para evitar que se afirmaran los regímenes despóticos, primero en la Argentina, luego en Bolivia, más tarde en Chile. Se hicieron de la vista gorda ante la continuación de las dictaduras brasileña, peruana, dominicana, guatemalteca, etc. Y finalmente, invirtiendo sus alianzas históricas con México, abandonaron a los liberales que tantos bofetones les habían dado (recuérdese la política cardenista) y, por el camino de la conciliación (recuérdese a Avila Camacho), se pasaron a los “mochos” y determinaron el establecimiento de un despotismo eclesiástico militar con capital en Puebla y bajo el mando efímero de Véjar Vázquez que, intoxicado por la penicilina, fue sucedido por el cardenal Guisa y Azevedo.

9. Esto servía los fines de Washington, pues, para tener a América quieta y acudir al creciente conflicto europeo, al Imperio Anglosajón no le convenía permitir en las veinte repúblicas verdaderos gobiernos, sino regímenes de policía a su servicio y bajo su protección.

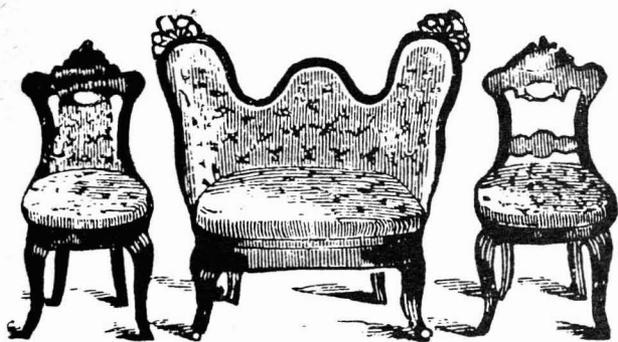
El movimiento latinoamericano hacia la derecha había comenzado en México, pero aquí se cubría con discretos disfraces de conciliación y con máscara de buen vecino que el instinto popular calificó de “entreguismo”. La Argentina, por un doble engaño, creía halagar secretamente los celos de la Gran Bretaña contra Washington, y la Junta de Coronales se presentaba, de paso, como el núcleo sostenedor de la independencia latinoamericana ante los Estados Unidos, campeonato histórico que México había dejado caer. Pero no se contaba con que, a la creación del Imperio Anglosajón de ambos continentes, la Argentina quedaría en el trance del “remendón remendado” y, por su decidida marcha hacia la dictadura y su influencia en la creación de regímenes parecidos en los países vecinos del Sur, no había hecho más que colaborar y preparar el camino para los planes de Washington. El gobierno pelele de la Argentina quedó en manos de Leopoldo Lugones hijo, a quien previamente obligaron a tomar otro nombre.

10. En cuanto al Brasil, siempre pupilo predilecto de Washington, no tuvo que cambiar sus métodos. Continuó bajo la dictadura mansa y nada boba de Getulio Vargas, quien hasta la fecha sigue en el poder por un milagro de longevidad y de astucia que parece burlar las leyes políticas y las naturales. Y el Brasil sacó de la situación tan grandes ventajas, que puede con razón considerárase hoy por hoy como la Segunda Potencia, después del Imperio Anglosajón.

11. Si se examina lo que hemos dicho sobre la repartición de Europa al término de la pasada guerra, se verá al instante que la verdadera manzana de la discordia tenía que ser Alemania. ¿Quién se quedaría con ella, el Imperio Soviético de Oriente o el Imperio Anglosajón de Occidente? Esta rivalidad se vino acentuando hasta determinar la nueva catástrofe internacional.

12. Hoy, 8 de agosto de 1961, acaba de declararse la guerra entre ambos imperios. La lucha asumirá proporciones nunca soñadas, por la imbricación de todos los intereses de los distintos pueblos y por los enormes desarrollos científicos de los medios de destrucción. El siglo xx habrá conocido así, en tres sucesivas generaciones, los peores cataclismos que registra la historia. Es de temer que, en la guerra que acaba de declararse, encuentre su trágico fin la especie humana. Las fieras volverán a circular libremente por el planeta, hartándose con nuestros cadáveres.

2



El escondite (acto mudo)

PERSONAJES:

El niño Pepito, hermano de Juanita.
 La niña Pepita, hermana de Juanito.
 El niño Juanito.
 La niña Juanita.
 El jovencito de la casa.
 La criadita india.

Escena, dividida en dos habitaciones: una sala con sillones, cuadros de familia y mesa redonda al centro, y un cuartito menor, que comunica con la sala por una puerta, lleno de armarios. Un armario, puesto en un ángulo, hace un rincón propio para escondite.

DESARROLLO MIMICO:

1er. movimiento. Pepito y Pepita entran a la sala de puntillas, buscando un escondite. La examinan (muebles, cortinas, etc.). Ella señala el cuartito de armarios. Ambos entran allí sigilosamente, cierran la puerta de comunicación con la sala y se refugian en el rincón que hace el armario del ángulo. Se oyen sus risas sofocadas.

2do. movimiento. Entran a la sala Juanito y Juanita. Buscan debajo de la mesa, detrás de los muebles y las cortinas. Se hacen señas uno a otro para indicar que no hay nadie, y salen corriendo de la sala para continuar su busca.

3er. movimiento. Entra la criadita india corriendo, perseguida por el jovencito de la casa. Uno detrás de otro, dan un par de vueltas en torno a la mesa redonda. La indita entra en el cuarto de los armarios y trata de encerrarse, pero el jovencito abre la puerta, empujando a la indita.

4o. movimiento. Oscurecimiento de unos instantes.

5o. movimiento. El jovencito y la indita salen del cuarto de armarios y cruzan la sala riendo, abrazados. Ella va despeinada. Él, con la corbata torcida.

6o. movimiento. Pepito y Pepita abandonan su escondite y pasan a la sala con caras de azoro, jadeantes. Se miran, no saben qué hacer. Pepito, de repente, se lanza sobre Pepita y quiere acariciarla. Ella lo rechaza y le aplica un par de cachetes. Siguen titubeando, contemplándose uno a otro con expresión de espanto. Al fin, se dejan caer al suelo, se sientan uno junto a otro y, abrazados, sollozan sin poder contenerse.